

N
O
T
A
S

Y

COMENTARIOS

Sección de notas

¿QUE ENTENDER POR UNA "FILOSOFÍA AMERICANA"?

Desde hace ya bastante tiempo el tema relativo a la legitimidad y a las posibilidades de una *filosofía americana* viene planteándose en América latina. Este tema ha suscitado tal cantidad de controversias, ha agitado tanto la vida filosófica de nuestros países, que bien merece llevar a cabo un trabajo de precisión y constitución conceptual.

Ahora bien, no son pocas las dificultades que se encuentran al intentar definir el concepto *filosofía americana* (o latinoamericana), y esto debido a los distintos significados que ha recibido entre nosotros. La dificultad aumenta aún más cuando vemos que este concepto ha constituido en sí mismo un problema, sujeto a crítica y a revisión, sin existir, por tanto, una definición precisa y un acuerdo unívoco sobre el mismo. Esta intensa discusión ha permitido una de las reflexiones filosóficas más ricas que se hayan dado en nuestro medio.

Intentaremos hacer aquí un esfuerzo muy inicial de esclarecimiento de esta singular filosofía, formulando para ello algunas preguntas fundamentales que se refieren a diversos aspectos de ella. En el tratamiento de estas preguntas procuraremos realizar una labor de afirmación y depuración conceptual.

1. La primera pregunta que se nos presenta tiene relación con la posibilidad de una tal filosofía. «¿Hay razón—se interroga José Gaos— en ser hombre de lengua española o de América para no satisfacerse con la filosofía, por ejemplo, de lengua inglesa o con la filosofía europea, si no asiática?»¹. En palabras nuestras, ¿hay motivo para que nosotros, hombres de esta América, no nos contentemos con la filosofía que la humanidad ha elaborado a través de siglos, intentando crear otra que nos exprese mejor en tanto que tales? ¿No es la filosofía un saber universal y totalizador que no admite limitaciones de tipo regional o con-

¹ JOSÉ GAOS: «¿Filosofía "americana"?», en *Pensamiento de lengua española*, Editorial Stylo, México, 1945, pág. 358.

tinental? Puede hablarse entonces—se pregunta Francisco Larroyo— «de una filosofía americana (o de América) en un recto, congruente y justificado sentido?»². La noción que examinamos es, pues, una interrogante acerca de su posibilidad para aquellos que se ocupan del tema. Incluso no pocos muestran el asombro y la perplejidad que les produce a ellos o a otros este asunto. «Me imagino la sonrisa del lector —escribe Alejandro Korn— ante el epígrafe. ¿Desde cuándo tenemos filosofía argentina? ¿Acaso tenemos filósofos?»³. Como se ve, no es nada fácil la definición de un concepto que se presenta acompañado de una serie de dudas e incluso ironías acerca de su existir. Además, y esto contribuye a extender y complejizar el problema, en el debate sobre nuestra filosofía se han tocado una gran cantidad de cuestiones vinculadas a este debate, que se refieren, por ejemplo, a las características de la historia del pensamiento en América latina; al desarrollo o no de una filosofía original, genuina o peculiar; a los rasgos que esta filosofía debiera tener, etc.⁴. En el curso de estas intrincadas reflexiones se han hecho algunas distinciones fundamentales que nos pueden ayudar ahora a delimitar el concepto que queremos definir. Se ha hablado de una filosofía *en* América latina, *acerca* o *sobre* América latina y *de* América latina (o americana). Por filosofía *en* América latina se entiende aquella que se ha dado en nuestro continente; que sigue las tendencias, sobre todo europeas, de la filosofía, y que reflexiona sobre los temas clásicos de este saber sin hacer verdaderamente cuestión de la circunstancia americana. Por filosofía *acerca* o *sobre* América latina se entiende aquel pensar que se realiza en o fuera del continente, cuyo objeto o problema filosófico es nuestra propia realidad. Por *filosofía americana* o *de* América latina se entienden varias cosas, de aquí su dificultad. Esta expresión designa para algunos, por ejemplo, la filosofía que simplemente se hace o se practica entre nosotros; para otros son los nuevos aportes que hemos hecho o que podemos hacer al acervo universal de la filosofía; designa también una meditación de tema americano; se habla, en fin, de *una reflexión hecha desde y para América*. Es esta última acepción la que nos interesa destacar y desarrollar como la más propia a una *filosofía americana*, que asegura asimismo una demarcación un tanto más clara (aunque no de una manera tajante) con respecto a las otras dos distinciones señaladas (la filosofía *en* y *acerca* de América latina). Las preguntas que vienen a continuación intentarán

² FRANCISCO LARROYO: *La filosofía americana. Su razón y su sinrazón de ser*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958, pág. 57.

³ ALEJANDRO KORN: «Filosofía argentina», en *El pensamiento argentino*, Editorial NOVA, Buenos Aires, 1961, pág. 233.

⁴ Cfr. AUGUSTO SALAZAR BONDY: *¿Existe una filosofía de nuestra América?*, Siglo Veintiuno editores, Colección Mínima 22, México, 1968, pág. 11.

aclarar un poco más el concepto *filosofía americana* o *de América*, en el sentido último que acabamos de subrayar.

2. La segunda cuestión que se nos presenta alude a las razones que los pensadores latinoamericanos han destacado para explicar el surgimiento de esta filosofía. ¿Cuáles son los motivos que han dado nacimiento a una *filosofía americana*, al planteamiento en lo que atañe a su posibilidad y significación?

Nótese que no nos preguntamos aquí acerca de su origen, sino acerca de los móviles que la han causado. No nos interesa por ahora saber que el problema de la posibilidad de un filosofar nuestro tuvo su comienzo en la llamada «Generación de 1837» en la Argentina, principalmente con Juan Bautista Alberdi, sino que esta posibilidad aparece dentro de las exigencias histórico-políticas del grupo liberal, como un intento de entregar una respuesta, en el terreno filosófico, a tales exigencias. La proposición de una *filosofía americana* se halla, pues, muy claramente determinada—como lo reconocerá el propio Alberdi—por las aspiraciones de «progreso» del proyecto liberal de la época. De aquí que esta filosofía sea concebida, en el pensador argentino, como una de tipo práctico, aplicada a estas aspiraciones fundamentales de los países americanos, por oposición a una concepción meramente «especulativa» o «en sí» de la filosofía, desinteresada del acontecer histórico⁵.

En nuestro tiempo, son muchas las razones que se han señalado para dar cuenta del aparecer de nuestra filosofía. Para el mexicano Leopoldo Zea, la preocupación por una cultura y una filosofía americanas surgen con gran fuerza en este siglo, y esto debido últimamente «a la orfandad en que la crisis de la cultura europea—crisis evidenciada por las dos grandes guerras que han sacudido al mundo entero—parece sumir a esta América»⁶. La tragedia de Europa, el cuestionamiento de su liderazgo intelectual, la soledad en que nos deja su crisis, obligan a los americanos a pensar desde sí mismos acerca de las posibilidades de su cultura y sobre los problemas de esta parte del mundo. Además—sigue diciendo Zea—, el historicismo, el existencialismo y otras corrientes filosóficas de la postguerra van a relativizar el carácter universalista de la cultura europea, concibiéndose la filosofía no como expresión de cualquier circunstancia, sino de una sola, la suya propia. De la misma Europa viene, pues, esta nueva idea; ésta es, «la historicidad y limitación de toda filosofía»⁷. En igual forma, el uruguayo Arturo

⁵ Cfr. JUAN BAUTISTA ALBERDI: «Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea». En el Colegio de Humanidades, Montevideo, 1842, en *Escritos póstumos*. Editor Francisco Cruz, tomo XV, Buenos Aires, 1900.

⁶ LEOPOLDO ZEA: *Antología de la filosofía americana contemporánea*. B. Costa-Amic Editor, Colección Pensamiento de América, México, 1968, pág. XI.

⁷ *Ibid.*, pág. XIII.

Ardao hace notar la relación existente entre el historicismo contemporáneo y la actual preocupación por una *filosofía americana*. Por influjo de esta corriente filosófica—dice Ardao—, «América se descubre a sí misma como objeto filosófico. Se descubre en la realidad concreta de su historia y de su cultura, y aun en su naturaleza física en cuanto sostén, contorno y condición de su espiritualidad. Su pensamiento ha tendido espontáneamente a reflejar el de Europa; pero cuando éste, por su propio curso, desemboca en el historicismo, la conciencia de América, al reflejarlo, se encuentra paradójicamente consigo misma, invocada en lo que tiene de genuino. Se vuelve entonces autoconciencia, su reflexión se hace autorreflexión»⁸. La particular dirección que toma la filosofía europea (especial mención merece el perspectivismo y circunstancialismo orteguiano) constituye, pues, tanto para Ardao como para Zea, una de las razones más importantes que explican el movimiento de vuelta a sí de la cultura y la filosofía latinoamericanas.

Hay otras dos razones que se pueden mencionar. La primera de ellas parte de la constatación, hecha por los americanos mismos, de haber nacido «en una sucursal del mundo, en un orbe de segunda clase»⁹, periferia de la civilización occidental. Esquemáticamente se puede afirmar que la conciencia de encontrarnos «fuera de la historia» va a suscitar en algunos el deseo—iniciado por los liberales del siglo pasado y continuado hasta hoy—de incorporarse al mundo «civilizado»; en otros, en cambio, va a impulsar una actitud de crítica a Occidente y de afirmación cultural. En los primeros tendrá lugar una reflexión sobre los obstáculos que impiden la integración, sobre los aportes nuevos y originales que se pueden entregar a ese mundo, sobre la necesidad de ocupar un lugar en él, etc. En los segundos, la reflexión tenderá a desacralizar los paradigmas y las formas occidentales de desarrollo, a criticar la política imperial y a proponer relaciones no dependientes de interrelación cultural. Tanto unos como otros harán el esfuerzo de pensar sobre las posibilidades del ser y del hacer americanos. La pregunta acerca del rumbo y el sentido de la cultura latinoamericana—determinada por la conciencia de nuestra marginalidad—ha sido de gran incentivo para el desarrollo de una *filosofía americana*, conceptuada ésta como meditación histórico-cultural. La segunda de estas razones parte, a su vez, de la constatación de nuestra total inautenticidad en filosofía, en cuanto es meramente imitativa y repetitiva de la europea. La conciencia de nuestra nulidad filosófica—producto de nuestra de-

⁸ ARTURO ARDAO: «El historicismo y la filosofía americana», en *Cuadernos Americanos*, año V, volumen XXVIII, núm. 4, julio-agosto, México, 1946, pág. 114.

⁹ ABELARDO VILLEGAS: *Panorama de la filosofía iberoamericana actual*, Editorial Eudeba, Biblioteca de América, Libros del Tiempo Nuevo, Buenos Aires, 1963, pág. 76.

En la cita el autor está comentando el pensamiento de Alfonso Reyes.